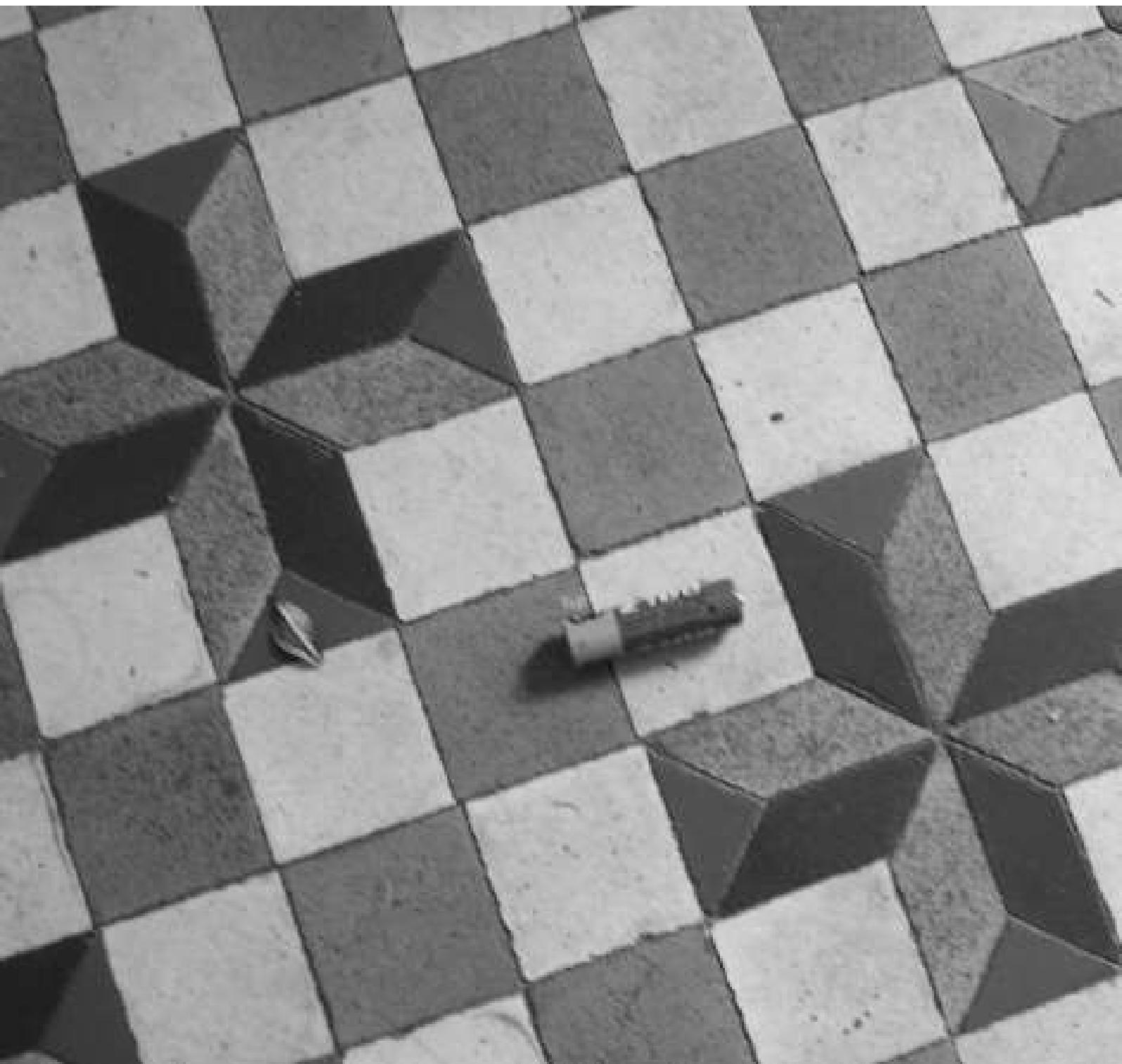


# Tres semanas

Alejandro Psc



# Capítulo 1

Camino por una calle céntrica de la ciudad tratando de buscar un negocio para poder comprar un smoking. Por un momento me detengo a pensar en mi situación actual pero creo que al final de cuenta toda la mierda que siempre nos han dicho en televisión sobre los vicios es solo para tratar de engañar más a la gente. Sobre todo esas estúpidas campañas del ministerio de salud en la cual el corrupto ministro y el degenerado del alcalde tratan de besarse para comprobar que el aliento sin tabaco es más puro. Basura. Nada más que eso. Qué me interesa a mí.

Me dirijo a la esquina y trato de ver si traigo algo de dinero exacto para comprar. No es así. Pero como el vendedor es un amable anciano con cara de jubilado de las fuerzas armadas seguro ni siquiera sabe contar hasta tres. Todos saben que usando el encanto femenino se logra todo. Ya lo decía mi jefe de carrera de periodismo. Un anciano canoso que estuvo exiliado en Hawai. Tratando de venderse a los norteamericanos. Si un personaje secundario no quiere responder. Muévele el culo. Después que se masturbe la entrevista es tuya. Nunca creí en ese anciano misógino pero creo que ésta es la oportunidad para comprobarlo.

Desde que estoy embarazada a todos los tipos con los que estuve antes no les interesa mi culo. Ok. Silencio. Este es el momento de comprar.

Buenas. Hola. Cuánto cuesta un smoking. Al dirigirme la mirada luego de verle el culo a la anciana que acaba de irse. Con un vestidito apretadísimo con unos encajes de color violeta en la cual se distinguían unas flores de color blancas. En mi interior pensaba que si tenía a mi estúpido feto terminaría como una vieja patética y decadente intentando seducir a un anciano impotente con un vestido violeta. Todo esto sonaba horrible. Sin lugar a dudas.

Dentro de sí el vejestorio pensaría. Hey. Buen culito. Sobre todo cuando se balancea hacia la derecha y se deja notar esa raya provocada por la ropa interior. Pero claro, todo eso era imaginación mía. No culpen al idiota.

Hola. De nuevo. Cuánto cuesta. Qué cosa. El smoking caballero. Al hablar el anciano denotaba que le faltaba uno que otro diente y los pocos que le quedaban estaban la mitad inferior verdes y la mitad superior casi de color entre amarillos y verdosos. Era un espectáculo realmente impresionante. Digno de ser exhibida en el museo de arte moderno. Cuando pienso en Gonzalo siempre recuerdo aquellos momentos en que nos reíamos de nuestro futuro juntos e imaginábamos que tendría unas caries que lo dejaría sin ningún dientes. Era realmente divertido. Estar

juntos era divertido. Pero claro. Nosotros ya no envejeceríamos juntos. Y claro. El muy hijo de puta debe estar follando a la otra en el departamento de su padre. La otra siempre por culpa de la otra.

Vale mil quinientos. Pero por ser usted. Creo que podría regalárselo. Pero señorita espere usted. Qué le sucede señor. La verdad no necesito que se compadezca de mí. Sólo quiero el smoking y largarme pronto de esta basura de local. Por favor lo único que deseo es fumar un poco de mi tabaco.

La verdad todas aquellas clases en las cuales asistí con mi jefe de carrera. El hoy fenecido Buker no habían servido para nada. Tampoco las lecciones de decencia que mi honrosa abuela de 99 años me había promulgado desde pequeña. Todo se había ido a la mierda con mi vida. Pero claro. Lo importante ahora parecía tratar de conseguir en mi bolso los mil quinientos del smoking.

Señorita. Se dirigía a mí el imbécil. Aquí está su smoking. Pero sabe qué. Usted es una mala educada. No sabía que responderle. Jamás me habían dicho algo así. A mí que había asistido al colegio inglés de monjas de clase alta. Sólo se me ocurrió gritarle con odio. Agárrame esta mierda anciano de mierda. Me encantaría. Decía el vejestorio mientras reía con su boca abierta dejando lucir su deprimente mandíbula. Ya después de ver esa imagen cualquier episodio cruento de la vida real mostrado en CNN era digerible. Cualquiera. Incluso la cara de George Bush o la de decrepito Clinton teniendo sexo con la gorda. Cualquiera.

Me dirijo a toda velocidad esquivando testigos de Jehová. Bomberos vendiendo rifas y uno que otro grupo de degenerado que algo estaba gritándome. Algo sexual obviamente. No tenían respeto por mi feto. Los muy hijos de puta. Llegó a mi auto. Leo la publicidad que alguien ha dejado en mi parabrisas. Algo relacionado con arreglarse los dientes. Dejarlos blancos. Cada vez que alguien me daba esa publicidad me cuestionaba el estado de mis dientes. Estarán muy mal. No lo sé. Hace semanas que no sonrío.

Intentaba conducir por la avenida principal tratando de llegar hacia el cruce en la cual se juntaba la playa con el sector urbano turístico- me detengo en la luz roja. Enciendo la radio del vehículo. Coloco la radio FM que siempre oigo. Se escucha una voz femenina hablando con el locutor. Alguien pide Beautiful Ones de Suede. Una niña de 15 años. Vaya gustos para tener quince años. Cada vez que un adolescente no pide Justin Bieber en la radio un pequeño Justin Bieber muere.

El sol arrecia. Aun estoy en el semáforo en rojo. Delante de mí cruzan una decena de personas en trajes de verano. Algunos hombres con camisetas extremadamente apretadas tratando de disimular sus kilos de más. Niños con gorros en la cabeza. Mujeres con hermosos cortes de pelos inspirados

en denigrantes artistas del mundo pop y también tratando de disimular sus kilos de sobrepeso con hermosos trajes de baños encajados. Nada era tan patético como aquel musculoso que atravesaba la calle con una camiseta apretada que dejaba ver las marcas de pesas pero también denotaba una que otra estría en la parte inferior de sus hombros. En la parte en que se juntaba con las axilas. Era una imagen tan asquerosa como la forma en que trataba de mostrar un tatuaje desteñido en su brazo izquierdo. Tratando una y otra vez de levantarse la manga.

El musculoso me mira y aunque él no lo sabe. Su vida está en mis manos en este momento. Pero algo dentro de mi asquerosidad me decía que no. No valía la pena ensuciarse con un idiota anabolizado. Que seguro lo máximo que ha durado en coito era lo mismo que dura un globo pequeño en desinflarse.

Aquel día. Todas las cosas me decían que sería un día importante. Aún no sabía por qué. Lo único importante era conducir. Conducir. Mis ojos estaban tan rojos que estoy segura que si fuera un planeta sería Marte. La costa estaba tranquila y la verdad es que no se divisaba gente a mi costado lo cuál era bastante extraño. Estaba totalmente hipnotizada y en lo único que pensaba era en matar a alguien. Sólo eso. Luego tirarme sobre las rocas para caer al mar. Pero claro. Con mi suerte. Lo más probable es que me salvaran y tendría que pagar la indemnización del idiota que mate. Sin contar la cárcel.

Las olas estaban rebeldes. La arena plateada. Llevaba un horrible feto en mi vientre que me importaba menos que pasarme una luz roja en la madrugada. Un malabarista hacia una sesión de acrobacias para el vacío en la siguiente esquina. Su rutina era tan patética que daban ganas de arrollarlo con clavos y todo. Pero estos tipos eran tan miserables. Que no pensaba darle el gusto terminando con su vida. No. Que sigan allí pudriéndose en las esquinas. Quemándose las llagas sobre las llagas por el sol y humedeciendo sus labios para poder sentir en algún momento de su día algo de líquido. Su vida aún seguía en mis manos. Es mejor olvidarlo. Era una vida tan inerte que si tuviera que matar a alguien y el fuera la única persona sobre la tierra creo que no lo haría. A excepción de si fuera el malabarista del reality show de moda. A él si lo mataría con ganas.

Coloque la llave. Di vuelta con ganas la cerradura y entré al departamento. Cerré las cortinas. Abrí el refrigerador. Tomé una lata de Heineken. La abrí. Me bebí un sorbo y la dejé sobre la mesa de la cocina. Junto a una cantidad apreciable de cucharas y platos desparramados y húmedos. Mientras en mi interior pensaba que desde que me había largado de ya nadie hacía nada. Divise una luz en la habitación de Gonzalo. Me dirigí sigilosamente hacia su interior para comprobar que él permanecía allí. Estaba dormido sobre la cama con el torso desnudo y unos jeans que le había regalado la pascua anterior. Eran unos jeans de

de color verde algo desteñidos. Eran unos pantalones realmente sucios estéticamente. Me adentre y me senté largo rato sobre la cama tratando de observar su rostro. Como si lo único que me importara en la vida era saber de qué mierda de este idiota me había enamorado. Claro. De sus ojos. Realmente bellos. Casi como si alguien los hubiera hecho a mano. Con gracia. Me quedé pensando un rato. Recordé el día que nos habíamos conocido. Las calles que habitualmente anduvimos. Acerque mi mano a su frente para poder despejarle de mejor forma la sien.

Había pasado bastante rato. El reloj indicaba las tres y media. Aun permanecía sentada junto a aquel idiota hermoso. Su teléfono colocado sobre la cómoda indicaba dos llamadas perdidas y un mensaje sms. Cogí el teléfono. Leí el mensaje. Era la otra obviamente. Decía algo así como. Nos veremos en la noche. Llevaré champagne y haremos el amor hasta quedarnos dormidos. La televisión estaba encendida sin volumen. Mostrando una seudo publicidad de algún sujeto fisicoculturista tratando de vender una máquina para hacer abdominales que según decía el mensaje bajabas diez kilos en diez días. Bastante bueno pensé para mí misma. Tomé una plumón y con suavidad marqué en la frente un punto tan grande que si lo quisiera atravesar lo podría haber hecho incluso con un saxo. Lo miré por última vez. Vi que el reloj marcaba las tres cuarenta. Justo la hora en que nos habíamos conocido. Me dirigí hacia mi bolso. Agarré en una mano la pistola y en la otra el tabaco. Afirme con fuerza la pistola. La puse sobre el gigantesco puntito. Luego de terminada la venganza. Me hice un cigarrillo y me lo fume.